

Adriana González Martínez

Colegio CEU Virgen Niña Vitoria

**El pueblo que olvida
su historia está
condenado a
repetirla.**

En octubre de 2011 ETA anunció el cese definitivo de su actividad terrorista, una manera plácida de decir que dejaban de matar y en mayo de 2018 comunicaron su disolución. Una organización terrorista puede dejar de serlo en cualquier momento, pero una víctima lo es para toda la vida.

Por aquel entonces yo era demasiado pequeña para comprender lo que esto significaba, vivía en el Cuartel de la Guardia Civil de Llodio en Álava, Cuartel que hubo que reconstruir después de sufrir dos atentados. No puedo imaginar la alegría que pudo suponer para mis padres, los dos guardias civiles, la noticia del fin de ETA.

En casa no se habla mucho de aquella época. Cuando les pregunto por el terrorismo de ETA, rápidamente sacan la raqueta y la respuesta que recibo parece sacada de la Wikipedia: *“la organización terrorista ETA fundada en..., que utilizando la violencia perseguía la...”*. Yo no pregunto eso, yo quiero saber cómo vivisteis vosotros esos años. Por la expresión en el rostro de mis padres compruebo que la pregunta les incomoda y, a base de insistir, consigo respuestas.

Tu abuelo formó parte de la fundación, hace 50 años, del Grupo Antiterrorista de la Guardia Civil y tus tíos y tus padres han combatido en otras unidades de la Guardia Civil el terrorismo de ETA, tu tío es víctima del terrorismo y, por suerte, de su atentado sólo le ha quedado una pequeña secuela en una mano.

Hacen una pausa en el relato y veo sus ojos tristes, humedecidos, a punto de llorar, como si la herida no estuviera curada.

Eran tiempos difíciles, muy duros, nosotros vivíamos sin miedo pero siempre en tensión, en alerta. Uno de los apartados del Decálogo de la Guardia Civil reza *“siempre prevenido, nunca atemorizado”* y ése se puede decir que era nuestro lema. Se desconfiaba de todo y

de todos, cuando alguien te preguntaba dónde trabajabas, tenías que mentir, debías tener la respuesta preparada para que sonara convincente, yo siempre decía que era informático y como en aquellos tiempos nadie controlaba de ordenadores y sonaba a trabajo aburrido, ya no había más preguntas. No tenías amigos por esa desconfianza y nadie se acercaba a ti por temor a que le relacionaran contigo, que le señalaran y pudiera convertirse en objetivo de ETA o de su entorno. ETA había ganado esa batalla, la de aislarnos con su campaña del terror.

Una Navidad, en una calle de Llodio, escuché a un padre decirle a su hijo pequeño que no iba a tener regalos porque los guardias habían detenido al Olentzero. El germen del odio ya se había sembrado en ese niño.

Como te decía eran tiempos difíciles, tu cuna estaba lejos de la ventana para evitar los fragmentos de los cristales en caso de la colocación de un coche bomba, se debían evitar las rutinas en los horarios y en los itinerarios, revisar los bajos del coche en busca de la bomba lapa y antes de subirte en el coche había que dar una vuelta a la manzana, incluso había que elegir estratégicamente la mesa en la que te sentabas en un bar para tener todo y a todos controlados.

Pero al final todo se reducía a la suerte, éramos muchos los amenazados: policías, políticos, militares, jueces, empresarios que no contribuían a la causa o periodistas, todos estábamos en el “bombo”. Había una gran cantidad de valientes, yo admiraba por encima de todos a los políticos de los pueblos pequeños que debían ocupar las sillas en los Ayuntamientos que dejaban sus compañeros de partido que habían sido asesinados días antes, sacrificando su vida y la de sus familias para defender sus ideas frente a la violencia. Seguramente estos políticos de los pueblos pequeños sean los que más han sufrido el acoso diario del entorno de ETA.

Nosotros éramos los objetivos principales, éramos los que más daño les hacíamos, los que detenían más comandos de ETA, pero también era fácil matarnos. Bastaba con poner una bomba enterrada en una carretera y esperar que pasara el coche de la Guardia Civil para activarla a distancia o dejar un coche cargado de explosivos en un lateral de la Casa Cuartel. Esto era lo que más angustia nos producía. En el atentado de la Casa Cuartel de Zaragoza fallecieron once personas, seis de ellas niños. Pero no sólo nosotros éramos objetivos de ETA, cualquier persona podía convertirse en víctima, cualquier persona esperando en la parada del autobús, que pasara por la calle en ese momento, podía morir a causa de la explosión. El mayor atentado de ETA fue en Barcelona en el parking de un supermercado donde asesinaron a veintiuna personas. El motivo argumentado días después por los terroristas fue que el supermercado era de capital francés y como ETA estaba atentando contra objetivos franceses colocaron un turismo cargado con explosivos.

Además de la pistola o la bomba, ETA y su entorno extendía la presión a toda la familia del objetivo. En las capitales se pasaba más desapercibido, pero vivir en los pueblos donde todos se conocían, era lo peor. Las amenazas a tu familia en la calle, las pintadas en las paredes de tu casa, los insultos a los niños en el colegio... Cerca de doscientas mil personas no soportaron este miedo y se mudaron a otros puntos de España, fuera del País Vasco. Doscientas mil personas que no pensaban como ellos abandonaron el territorio vasco. Ésa era la principal arma de ETA: el terror, todos los que no pensaban como ellos estaban amenazados y pocos se atrevían a alzar la voz en su contra.

Lo peor de todo eran los atentados, era habitual conocer a alguno de los asesinados o haber trabajado en el lugar donde había explotado un coche bomba, asistir a los funerales de tus compañeros y la sensación que podía haberte tocado a ti o a tu familia, como te decía antes, todo era cuestión del azar. Siempre que había un atentado tu abuela me llamaba llorando para saber si a mí me había ocurrido algo y si estaba bien. Yo siempre

intentaba tranquilizarla, le decía que yo trabajaba en la oficina y era el que hacía las fotocopias, de sobra sabía ella que no era así.

Por el contrario, no había mayor satisfacción y felicidad que el momento de la detención de un comando de ETA. El primer pensamiento que recorría la mente era la cantidad de vidas que podíamos haber salvado y el consiguiente dolor que habíamos evitado. Pero esto no paraba. Caía un comando y al poco tiempo los terroristas veteranos eran reemplazados por nuevos integrantes que volvían a matar. Esto tampoco nos desanimaba y seguíamos luchando convencidos que algún día acabaríamos con ellos. Y así ocurrió, después de muchos años de éxitos policiales, el hartazgo de la sociedad, la ilegalización del brazo político de ETA, el ahogamiento económico del entorno abertzale y la colaboración del gobierno francés provocó la derrota de ETA.

En enero del año pasado, nuestro colegio organizó una visita, en San Sebastián, a la exposición “Gregorio Ordóñez, la vida posible” donde tuvimos la suerte de conversar con su viuda Ana Iríbar. Después de un buen rato charlando con nosotros nos confesó tristemente un sentimiento que no he podido olvidar: *“sois el único colegio que ha visitado la exposición”*. No me lo podía creer, en ese momento no dije nada, pero esa frase me dolió ¿cómo es posible que ningún otro colegio del País Vasco haya visitado la exposición? ¿Se quiere pasar página? ¿Es desinterés? ¿Preferimos olvidar? El olvido no encaja en mi definición de terrorismo, terrorismo es recordar. Recordar a las víctimas es un acto de justicia y de dignidad. Se trata de honrar su memoria y garantizar que su sacrificio no quede en el olvido. Todos tenemos la obligación de mantener viva la memoria de quienes fueron asesinados por enfrentarse al terror y concienciar a las futuras generaciones sobre la importancia de la paz y la convivencia. Como decía el filósofo y escritor Jorge Agustín Nicolás Ruiz de Santayana *“quienes no pueden recordar su historia están condenados a repetirla”*, por este motivo no podemos caer en el olvido.

El año pasado, en el colegio, también pudimos escuchar la experiencia personal de Rafael Carriegas, víctima del terrorismo y cuyo padre fue asesinado por ETA, donde nos relató la opresión y el terror en el que estaba sometida la sociedad vasca, donde unas personas murieron por la libertad y otras mataron para imponer su proyecto político.

Agradezco de todo corazón a nuestro colegio la oportunidad que nos da para conocer el testimonio en primera persona de las víctimas del terrorismo.

Después de esta conversación en casa y de mis otras experiencias aquí relatadas, tengo claro el significado del terrorismo. Aunque parezca sorprendente el terrorismo para mí significa amor, recuerdo, reconocimiento, admiración, homenaje y respeto para todos aquellos héroes que, de una u otra manera, pusieron su vida en peligro para combatir a ETA y para todos aquellos que sufrieron y continúan sufriendo las consecuencias del terrorismo.